

## Leticia Noemí Di Paolo – (José Ricardo San Martín)

El legajo que acredita la condición de desaparecida de Leticia Di Paolo en la Subsecretaría de Derechos Humanos y Sociales de la Nación, establece su estado civil como “conviviente”. Sin embargo, sus amigos y familiares recuerdan que se casó, estando embarazada de cuatro meses, con José Ricardo San Martín, cuando ambos eran estudiantes universitarios en La Plata.

Pero la ficha no está equivocada. Aquel fue un casamiento “trucho”, que orquestó la pareja para satisfacer las demandas de los padres de Leticia, a quienes no les cayó nada bien la noticia de que su hija había quedado embarazada soltera, sin firmar antes ningún tipo de papel.

La anécdota, que aparece risueña en el tiempo, incluyó alianzas y hasta torta con cintitas para los invitados al ágape. De los tres protagonistas de esta historia, Leticia, José y su futuro bebé, sólo sobrevive Laura, la hija del matrimonio. Los restantes involucrados integran la larga lista de desaparecidos de la cruenta dictadura militar que gobernó el país desde marzo de 1976.

### II

Leticia, hija de Atilio Di Paolo y Olga Fiermari, nació en Tres Arroyos el 22 de noviembre de 1954. Cursó sus estudios primarios en la Escuela N° 5, mientras que el secundario lo desarrolló en el viejo Colegio Nacional, haciendo tres años de perito mercantil y los dos últimos de bachiller.

El cambio de orientación coincide con la época en que comenzó a interesarse seriamente por la política. Un ex novio, que por entonces estudiaba periodismo en La Plata y la visitaba cada vez que regresaba a la ciudad de origen, contó que en el tramo final del secundario Leticia formaba parte de un grupo de estudios o investigación política, que estaba conformado entre otros por Jorge Foulkes y Marcelo Rodríguez, siendo Leticia la única mujer integrante. Debatían sobre distintas cuestiones, pero más que nada les gustaba leer. Sobresalían entre el material de lectura “manifiestos comunistas y unos ‘libritos’ marxistas de bolsillo que habían conseguido”.

Con ese antecedente, no extrañó que una vez en la universidad la joven tresarroyense militase activamente en política.

En La Plata se inscribió en la carrera de psicología, que cursó durante el primer año de estancia. Empero, al cabo de esos 365 días, se dio cuenta que su vocación no pasaba por la profesión escogida, sino por otro lado. El otro lado resultó ser medicina, facultad a la que se cambió en el segundo año universitario.

Mientras estudiaba, militó integrando la lista Celeste y Blanca de la Facultad de Medicina y, al poco tiempo, ya formó parte de la Juventud Universitaria Peronista (JUP).

### III

Precisamente fue militando donde conoció a un bahiense que la sedujo. Se llamaba José Ricardo San Martín, estudiaba ingeniería en La Plata y también integraba la JUP. Era un año menor que ella. Si bien su familia vivía en Bahía Blanca, había nacido por casualidad en Comodoro Rivadavia el 2 de setiembre de 1955.

En la vida política, Leticia siempre hizo un trabajo de “base”. Consistía en efectuar tareas en villas miserias, ayudar a personas que lo necesitaran y visitar a enfermos desamparados en los hospitales, entre otras acciones sociales. José, en cambio,

trabajaba un peldaño más arriba, formando parte de la escala jerárquica de la agrupación.

Olga Fiermari recuerda que refunfuñaba cuando, en ocasión de tener que operarse en La Plata, cada vez que su hija la iba a visitar se "quedaba enganchada" con otras pacientes, restándole parte del tiempo que ella aspiraba le fuera dispensado. Más así era el carácter de la joven.

Si bien los padres de Leticia parecían no desconocer la condición militante de su hija, quizás para evitarse preocupaciones, preferían creer que no estaba incursionando en la vida política. Fue San Martín quién se encargó de comunicarles la novedad en 1976, cuando ya hacía las veces de novio formal.

En aquella ocasión no sólo les reveló que estaban militando en Montoneros, sino que les blanqueó su propia situación: formaba parte de la jerarquía de la organización, cumpliendo funciones en el ala militar. Por esa razón portaba casi siempre consigo un arma, que indicó le había sido robada oportunamente a la Policía Federal Argentina. Después de aquella charla, Atilio y Olga empezaron a preocuparse por el futuro de su hija.

#### IV

Una vez producido el golpe, las condiciones de militancia cambiaron drásticamente. Lo que antes era un gozo de libertades, ahora se había vuelto la cara contraria de la moneda. Muchos esquivaban a las personas que militaban. El miedo que comenzó a sembrarse y que se incrementaría con el paso del tiempo, había hecho mella en no pocas personas, que se alejaban rápidamente de los ciudadanos que tenían inquietud o vocación política y la manifestaban.

Sin ir más lejos, eso mismo le sucedió a Leticia. Debió abandonar la pensión donde residía en La Plata, porque su militancia incomodaba a otras pensionistas, que querían evitarse problemas. Se fue a otro albergue, pero no pasó mucho tiempo hasta que se enteraron de su condición "montonera", información que les bastó a los dueños de casa para despedirla arrojándole el equipaje en la vereda. Todo esto sucedía sin que Leticia hubiera tomado tan solo una vez un arma entre sus manos.

Entreviendo problemas de esta naturaleza, la cúpula de Montoneros inquirió a sus miembros para que toda persona que tuviera departamento, casa u otro tipo de alojamiento con habitación disponible, priorizara facilitarle un espacio a militantes que carecían de techo. Así llegó la estudiante de medicina a vivir con una pareja de la que, con el tiempo y junto a su novio, se harían inseparables amigos.

Jorge Falcone y Claudia Carlotto, hija de Estela Carlotto, una de las fundadoras y presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, cedieron una habitación disponible del departamento que alquilaban para que fuera ocupada por Leticia. Y de la mano de ella llegó también al inmueble José Ricardo, su media naranja, que empezó quedándose algunas noches, para finalmente radicarse y transformar en hogar para cuatro el departamento que inicialmente se previó para dos.

#### V

Las parejas se hicieron muy compinches. Tanto que compartían desde el sueldo de los que trabajaban, hasta las encomiendas que llegaban desde Bahía Blanca o Tres Arroyos. Por ejemplo Leticia, que tenía buena mano para la gastronomía, era la encargada de la cocina. Pero lo que más les gustaba, cuando recibían la famosa "vianda" familiar, era degustar un asado, que en ocasiones se hacía en la casa de algún vecino.

En el barrio sostenían una buena relación con el vecindario, pero nadie los conocía por sus verdaderos nombres. Usaban falsa filiación, bajo la cual escondían sus reales identidades. Era uno de los resguardos que utilizaban los militantes para procurarse mayor seguridad en una “cuasi” clandestinidad. Por caso, San Martín decía llamarse Rubén **Rincón**, nombre por el cual todos lo conocían.

Otra alternativa para esconder sus nombres era usar apelativos. Tanto Leticia como José tenían uno. A Leticia le decían “**Choli**”, mientras que José recibió el apodo de “Gallo”.

En la vida cotidiana, San Martín era quien llevaba la voz cantante en el departamento. Tomaba a su cargo la responsabilidad de velar por su propia seguridad y la de los restantes tres ocupantes del inmueble. Había decidido que si alguna actitud sospechosa los rodeaba o alguien tocaba el timbre de su casa, debían actuar con total normalidad y abrir la puerta. Ninguno de los cuatro estaba en la clandestinidad, lo que por allí, pese a militar, les permitía pasar la revisión de las fuerzas de seguridad. Obviamente también poseían documentos falsificados que atestiguaban a su favor al momento de sostener como propia la falsa identidad que habían asumido.

Ante una eventual requisa, el arma de San Martín, como así también documentos que los ligaban a la organización montonera, habían sido cuidadosamente escondidos en un “embute” fabricado en la pared del baño, a la altura de la bañera. Un bien producido azulejo era sacable y ponible, según las circunstancias. A través de él, en la pared, se guardaban el revólver y los elementos que pudieran involucrarlos.

## VI

Todas las previsiones que habían adoptado se derrumbaron una tarde de 1976. Los planes sobre cómo enfrentar una supuesta requisa cayeron cuando llegó a sus oídos un rumor indicando que, en horas más, la policía practicaría en su domicilio un allanamiento. Aún dudando de la veracidad de la versión, decidieron abandonar el hogar que los había cobijado por un largo tiempo. Alejándose solamente con lo puesto, empezaron a buscar un nuevo refugio.

Al día siguiente comprobaron que hicieron bien en marcharse. Claudia pasó a bordo de un colectivo por el frente de la casa-departamento. Lo que vio le hizo temblar las piernas, al tiempo que gotas de frío sudor le emanaban del cuerpo. La vivienda que hasta pocas horas antes habían ocupado estaba literalmente destruida, empezando por la puerta, que los policías destrozaron a hachazos.

Las parejas se separaron en aquella oportunidad en la que emprendieron el rápido escape y no volvieron a vivir juntos. Se vieron alternativamente, para intercambiar experiencia y documentación, pero por el bien de los unos y los otros acordaron que, aunque les doliera, lo mejor era vivir en lugares diferentes.

## VII

Durante la vida de a cuatro, Claudia Carlotto quedó embarazada, pero al poco tiempo perdió el bebé que esperaba. No pasó mucho hasta que Leticia, la restante mujer del grupo, sorprendió con una noticia similar.

A quienes nada bien les cayó la buena nueva fue a sus padres en Tres Arroyos. Si bien le contarían años después a la nieta que se pusieron “re contentos” cuando la madre les anunció que estaba esperando un bebé, lo cierto es que lo sintieron como un baldazo de agua fría. No tanto porque una joven de 21 años estuviera

encinta, con los problemas que ello le acarrearía en su vida estudiantil, obligándola quizás a abandonar sus estudios, sino porque aquel embarazo se había producido en condiciones que no estaban decididos a aceptar. Conservadores al fin, impusieron una condición para brindarle todo su aval a la pareja y al hijo por venir: que a la brevedad posible Leticia y José se casaran.

La noche de amor que había terminado con un intrépido espermatozoide fecundando un óvulo se produjo en mayo de 1976. Cuatro meses después, en agosto, al solo efecto de satisfacer las demandas de los padres de Leticia, los jóvenes estudiantes se casaron en La Plata y celebraron en Tres Arroyos, en una fiesta hogareña que contó con invitados, alianzas, fotos y hasta una torta de bodas con cintitas. Todos estaban felices. Desconocían, desde luego, que el casamiento nunca había existido y que todo fue la consumación de una farsa.

## VIII

No le importó demasiado a Leticia que sus papás se hayan enojado por el embarazo. Las convicciones de la pareja superaban ampliamente la formalidad de contar o no con una libreta de casamiento. No obstante, reflexionó que poco y nada les costaba darle el gusto a "los viejos". Los llamó por teléfono desde La Plata y les dijo que se casarían en esa ciudad, pero que viajarían a Tres Arroyos para celebrar en una fiesta la unión matrimonial. En el tiempo que fue desde la comunicación telefónica y hasta la reunión familiar, mientras en Tres Arroyos ajustaban los detalles del ágape, José y Leticia trabajaban en La Plata para conseguir una libreta de casamiento "trucha" y alianzas prestadas. Con hermosos anillos de oro en los dedos y un bien elaborado documento que confirmaba su unión, aparecieron en la casa de los papás de Leticia en calle 25 de Mayo 430.

Habían llegado con la ropa puesta, la libreta y las alianzas. Nada más que eso. La madre reprendió a Leticia, indicándole que no podía casarse con esa facha. Le dio unos pesos y la envió a comprarse un nuevo vestuario. Participaron de la fiesta amigos y familiares de la novia. No asistieron parientes del novio, que tampoco se habían enterado del enlace. De hecho, José San Martín no figuraba siquiera en la libreta de casamiento, ya que habían puesto allí su falsa identidad. Por tanto, en aquella jornada de tortas, brindis, abrazos, música y sonrisas, Leticia festejó su unión con Rubén **Rincón**.

## IX

En La Plata, tras la obligada huida de su domicilio anterior, la pareja que ahora esperaba a su primer descendiente, consiguió nuevo alojamiento alquilando un modesto departamento en calle 120 entre 68 y 69. Era del estilo "interno" y quedaba al fondo de un pasillo, detrás de la casa que habitaban los dueños del inmueble, que disponían para la renta de aquella pequeña propiedad.

Cuatro meses después del casamiento, en diciembre de 1976, Leticia volvió a Tres Arroyos. El propósito era estar tranquila en su casa, acompañada por Olga y Atilio, esperando el nacimiento del bebé, que preveían se produciría en el mes de enero del nuevo año.

Efectivamente dio a luz el 10 de enero de 1977. Fue mujer y se llamó Laura. José, su papá, **la conoció cinco días después, quedándose en Tres Arroyos** toda la semana disfrutando de la familia que habían empezado a construir.

Transcurridos siete días San Martín regresó a La Plata, pidiéndole a Leticia que se quedará un tiempo más con los papás, hasta que pudiese movilizarse con la beba.

Madre e hija estaban en Tres Arroyos cuando una llamada, que se produjo el 5 de febrero, interrumpió la paz hogareña. Era José que pedía comunicarse con Leticia. No se sabe qué le dijo, pero provocó una reacción inmediata en la joven. Preparó con rapidez el bolso. Sus padres se sorprendieron porque, esta vez cargó no solamente las mudas de siempre, sino que embaló cosas que nunca había llevado, desde ropa que no usaba hasta libros y fotos. La intempestiva partida de Leticia tuvo visos de despedida definitiva. Y así fue, efectivamente.

## X

No se sabe si alguien los había mencionado en alguna detención, pero lo cierto es que el llamado de José había preocupado a Leticia. Viajó a La Plata, donde supuestamente decidirían, junto a su pareja, cómo y dónde continuar viviendo.

La estudiante tresarroyense de medicina se reencontró con José el 11 de febrero, con quién debatió el futuro al cabo de las tres o cuatro jornadas siguientes. Pero los hechos llegaron antes que su decisión.

**La noche del día 15** Leticia había cocinado rico, como siempre. Con la beba en brazos puso la mesa para la cena, esperando la llegada de su pareja para disfrutar juntos del encuentro gastronómico. **Pero José no llegó.**

**Recién lo hizo la mañana del día siguiente, encapuchado por** la policía provincial, que lo había apresado. Como el departamento que alquilaban estaba atrás, Leticia no se percató del movimiento que se había generado en el frente de la casa. Sólo se movilizó cuando escuchó la voz de José, que la requería desde afuera. Obligado por los agentes, éste tuvo que llamarla en voz alta. Leticia se asomó a la ventana y, sin que pudiera decir apenas una palabra, fue muerta de un balazo, salpicando su sangre a la pequeña Laura. El estruendo del disparo sólo fue quebrado por el grito de dolor de José San Martín, que asistió con las manos esposadas al homicidio de su esposa.

Si bien la expuesta es la que aparece como más fidedigna **por haber sido expuesta por los vecinos del lugar**, otra versión indica que José, Leticia y la beba estaban juntos en el departamento cuando entró la policía a los tiros, matando a la joven tresarroyense y apresando a su pareja, mientras Laura dormía en una pequeña cuna.

La falta de un veraz informe oficial impide determinar con precisión cuál de las dos versiones guarda mayor relación con los hechos, aunque coinciden en el resultado final del allanamiento. La fría explicación de la policía se limitó a detallar que, en un operativo antisubversivo realizado en la finca de calle 120 entre 68 y 69, resultó muerta de un balazo en la cabeza una mujer NN, la cual estaba acompañada de una bebé de aproximadamente dos meses, que quedó al cuidado de unos vecinos.

## XI

Al momento de la desaparición de sus padres, la pequeña hija de Di Paolo y San Martín no había sido asentada aún en el Registro Civil. El hecho de haber quedado con los vecinos fue una suerte. En la familia aún se preguntan, si esto no hubiera sucedido así, que habría pasado con Laura.

Del lugar, con la actuación de un juez de menores, fue remitida a la Casa Cuna, donde permaneció hasta el mes siguiente en que la recuperaron sus abuelos maternos. Curiosamente, sin saber la procedencia de la pequeña, un médico tresarroyense fue quién se encargó de dispensarle afecto y cuidados: Evel Carbajo Morán.

**Los primeros días de marzo, Olga Fiermari y Atilio Di Paolo recibieron en su casa la visita de Susana Jenkins –quien será secuestrada en el mes de octubre- y una amiga, ambas compañeras Leticia, quienes contaron lo ocurrido. Inmediatamente todos salieron para La Plata.**

En el departamento de la calle 120 la sorprendió el panorama: la casa estaba desvalijada, con agujeros de bala por doquier. Los vecinos les contaron del operativo, así que se dirigieron a la comisaría 9°, donde les dieron un certificado de defunción NN, pero nunca le entregaron el cadáver de Leticia.

Respecto de San Martín, simplemente les dijeron que si no eran familiares directos no les iban a dar nada, sin explicarles si estaba vivo o muerto, lo que por miedo tampoco se animaron a preguntar. Eso sí, les aclararon que los muebles formaban parte del botín de guerra.

El único signo positivo de aquella trágica jornada lo recibieron de parte de un juez de menores que los atendió, entregándoles una autorización para que retiraran a la nieta de la Casa Cuna. Reconocer a la beba les fue posible porque tenía puestos unos aritos que le regaló la tía abuela en ocasión de su nacimiento en Tres Arroyos y por una mancha distintiva que portaba en la espalda. Con esos datos y basándose en la fecha del operativo se guiaron hasta Laura. No tenían ningún elemento para comprobar que eran los abuelos. Solamente contaron con la buena voluntad de un magistrado, al que le pareció que aquellas personas decían la verdad.

Con el miedo de no saber dónde estaban parados y procurando proteger a la hija de Leticia, los abuelos no regresaron a Tres Arroyos, sino que viajaron a Mar del Plata, donde residieron hasta tanto se aclarase un poco el panorama y pudiesen conseguir documentos que les asegurasen la tenencia de Laura.

A los cuatro meses, viendo el estado de desesperación de Olga y Atilio, Su Señoría les expidió un papel donde hizo constar que la beba nació en un colectivo y que el matrimonio solicitaba su adopción, por lo que les otorgó la guarda definitiva. Mientras extendía la mano alcanzándoles el comprobante, se preocupó por aclarar que nunca hablaran del tema con nadie.

## XII

Ya en Tres Arroyos, los Di Paolo se comunicaron a Bahía Blanca con los papás de San Martín, contándoles los que había pasado. Se desconoce si hicieron alguna gestión por su hijo, pero lo cierto es que nunca más se supo de él.

**Laura se ha preocupado por investigar la vida y el destino de su padre, pero aún hoy, a poco de lanzarse la segunda edición de este libro, no ha conseguido hablar con alguien que lo haya conocido. Si recibió un informe del Equipo Argentino de Antropología Forense brindándole algunos datos, tales como que era oficial Montonero, usaba el seudónimo “Abel” y que las fuerzas de seguridad le siguieron e investigaron desde un año antes de apresarlos.**

Si bien la fuerza actuante en el operativo fue la policía provincial, según el diagrama trazado por el gobierno de facto para el “combate antisubversivo”, resultan responsables de las desapariciones de Leticia Di Paolo (22) y de José Ricardo San Martín (21), el general Carlos Guillermo Suárez Mason, en su carácter de jefe del I Cuerpo de Ejército; el general Juan Bautista Sasiain, titular de la subzona 11 y el coronel Roque Carlos Alberto Presti, responsable del área 113, en jurisdicción del Regimiento de Infantería Mecanizada 7 de La Plata.

### XIII

Laura continúa hoy, en el 2001, viviendo con sus abuelos. Tiene 25 años **y estudia servicio social**. En el camino debió vivir un enfrentamiento entre las familias de sus padres, quienes se culparon mutuamente de lo que les había pasado a Leticia y José. Hasta establecieron verbalmente una suerte de disputa por la tenencia de la hija de ambos, que finalmente quedó bajo la tutela de sus abuelos maternos.

La entonces bebé, que ahora es toda una mujer, dos décadas después del trágico episodio, contó para este libro cómo es ser hija de desaparecidos.

“De chiquita (Olga y Atilio) me dijeron que mis papás eran desaparecidos, que ellos eran mis abuelos, pero que estaban ocupando el lugar de padres porque desde lo legal me habían tenido que adoptar como una forma de protegerme. Eso lo maneje bastante bien.

“Por ser hija de desaparecidos, por mi forma de ser, siempre busqué apoyo en los demás. En mi novio, en mis amigos, en mi familia. Siempre lo viví como algo que tenía que contar. Explicar por qué a mis abuelos yo les decía papá o mamá. O cómo eran mis papás siendo tan grandes.

“Tuve muy en claro que eran mis abuelos, pero que cumplieron el rol de padres, del mismo modo que yo cumplí el de hija. Por ahí se confundía un poco todo, así que tratar de recuperar cosas de mis papás me sirve fundamentalmente para darles un espacio en mi vida, en mi familia. Eso sin dejar de lado todo lo que hicieron mis abuelos, a los que les estoy infinitamente agradecida y por eso no siempre puedo llamarlos abuelos. Yo les digo **“Pety”**, que es el sobrenombre de Atilio y **“Mami”** a mi abuela. Y por más que quiera, no puedo llamarlos de otra manera. Ellos ocuparon ese lugar.

“Con el tiempo entendí de dónde viene mi carácter. Tengo carácter fuerte, aunque soy tranquila. Trato siempre de buscarle la quinta pata al gato. Si te ponés a discutir conmigo y me querés hacer entrar en razones de algo que creo no tenés razón, voy a defender a muerte lo que pienso. Por el contrario, intentaré que vos entiendas, que te pongas en mi lugar. Esta cosa de cuestionar, de pelearla, según me dicen mis abuelos, viene de mi mamá.

“Mi mamá era una persona maravillosa. Tenía carácter fuerte, sabía lo que quería, ponía mucha voluntad. Así es como me la fueron describiendo. Falcone me regaló un libro de poemas, éxitos grandes de esa época y en la dedicatoria me puso: ‘...en la Argentina es bueno tener el capital pequeño de contar con una mamá heroína popular’.

“Y es así, mis papás por ahí no consiguieron lo que se habían propuesto. Pero pusieron lucha, fuerza y voluntad en dedicarse a algo que los trascendía a ellos como personas. Tan contrario del individualismo de hoy día, donde todo pasa por la plata. Creo que traigo todo eso adentro mío. Ese convencimiento de ser coherente hasta último momento con lo que se piensa y lo que se hace. Es tan difícil ser coherente ahora.

“No es casual lo que elegí para **estudiar**. **Y es un poco** eso, dedicarme a hacer todo lo posible por mejorar en lo que pueda la situación de los demás. Desde donde me toque trabajar, procuraré ayudar, brindarle oportunidades a los que no tienen, hacer algo más”.